

## EN ESTE NÚMERO:

- ¿NEOLIBERALISMO TEOLOGICO O NEOLIBERALISMO SOCIAL?, por Rafael García Moralejo, obispo vicario capitular de Valencia (p. 7).
- NUESTRA SOCIEDAD A LA LUZ DE LA «POPULORUM PROGRESSIO», por Salvador Blanco Piñán (pp. 11-12).
- ANTE LA CRISIS DEL CELIBATO SACERDOTAL, por Jesús San Clemente Idiazábal (pp. 13-15).

## ESTA DIFÍCIL HORA QUE VIVIMOS

¡QUE fácil volver hacia atrás la mirada con añoranza! Tiempos aquellos en que todo estaba fácil y claro, desde lo que tenía que ser un Seminario hasta los problemas de la moral conyugal, pasando por la Teología misma, codificada en nítida tesis, y la Iglesia, sociedad jurídica que marchaba a la perfección con un régimen admirable, calcado en gran parte sobre los esquemas que se habían elaborado para el Estado. Ahora, no. Todo es más difícil. No acertamos a dar con el tipo de Seminario, fallan las vocaciones, se duda acerca de la orientación que hay que dar a muchas cosas, algunas de ellas muy básicas; el mismo Papa no acaba de decirnos qué hay que pensar de algunos aspectos de la regulación de los nacimientos; la Teología se transforma profundamente; el Concilio se ha complacido en mostrarnos a la Iglesia más como un profundo y riquísimo misterio que como una sociedad jurídica con fines sobrenaturales. Estábamos tranquilos en aquella situación y nos hemos encontrado sumergidos en esta nueva, tan desorientadora, tan incómoda, donde se discuten tantas cosas que estimábamos indiscutibles.

¿Por qué no hacer la prueba? Ponernos mentalmente en el año 1977 y explicar entonces a los seminaristas de nuestra parroquia lo que en esa época, que propendemos a añorar, ocurría entre nosotros. Que un rico era enterrado por decenas de sacerdotes y un pobre vergonzantemente; que la Palabra de Dios se anunciaba en la misa en una lengua ininteligible; que los Manuales de Pastoral, incluso alguno de más de mil páginas, dedicaban a la misa página y media; que al terminar la acción litúrgica el sacerdote se arrodillaba para rezar tres avemarías, una salve y unas oraciones, y que esto era con frecuencia lo único audible del Santo Sacrificio, que se había realizado de espaldas al pueblo, en voz baja, mientras desde el púlpito se estaba predicando sobre otras cosas, y se hacían novenas, o funcionaba a todo registro el órgano; que los obispos llamaban cartas «pastorales» a documentos abstractos, redactados en un lenguaje arcano, que nadie leía; que los libros de religión estaban manchados con frases deprimentes, insultantes algunas, al referirse a los no católicos; que el Papa no salía nunca del Vaticano, y si salía lo hacía para algo sometido al más rígido protocolo; que los cristianos se desconocían entre sí, y cincuenta años después de la puesta en marcha del formidable movimiento ecuménico, algunos ni siquiera habían oído hablar de él; que

los asuntos de una diócesis podían resolverse, por importantes que fueran, sin que hubiesen sido oídos ni siquiera los mismos que habían de ejecutar las resoluciones; que los seminaristas recibían una formación abstracta, sometidos a un régimen que secaba su imaginación y aislados por completo del mundo en que iban a vivir...

No alargaremos la lista. Ni la haremos peligrosa añadiendo a estos ejemplos los de otras muchas cosas, que ciertamente han de desaparecer pronto, pero que aún perviven en nuestra Iglesia postconciliar... ¿Para qué? Nos basta con invitar a reflexionar en lo que se va haciendo para que nos demos cuenta de que todo eso, y lo que aún nos espera, no puede hacerse sin dificultades, sin crisis, sin desorientaciones, sin tanteos, sin desalientos. Es normal. Si sacudimos fuertemente un árbol cargado de frutos, caerán los que ya están pasados y caducos, pero no podremos evitar que también caigan algunos que estaban sanos. Sí, es natural que nos duela la decadencia de la vida ascética, el enfriamiento eucarístico, la falta de vocaciones, las vacilaciones en la fe misma que observamos. Pero que nos duela al mismo tiempo que ese temor a lo excesivo y peligroso haga aún pervivir cosas caducas, permita condicionar a las personas decisiones gravísimas, haya puesto obstáculos a resoluciones que son urgentes y necesarias.

Esta difícil hora que vivimos es difícil para todos. Para los que sintieron el viaje a Fátima y para los que hirió la devolución de la bandera de Lepanto y han encontrado pobre, indigno de la majestad papal el viaje a Turquía. Para los desconcertados por la creación cardenalicia última o la tímida reforma de la Curia, y para los que sienten que las nuevas formas de vida les hacen más difícil su tradicional veneración y amor al clero, al Episcopado y al Papa. Difícil para todos, sí, pero no por eso menos bella. Estamos haciendo una Iglesia más abierta al mundo, más empapada de espíritu de servicio, más despegada de las cosas efímeras de la política, el dinero y el poder... La empresa lleva consigo un riesgo y un gozo. Sin lo primero no tendríamos lo segundo. Conservemos la serenidad y, aunque cueste, demos gracias a Dios por vivir... ESTA DIFÍCIL HORA QUE VIVIMOS.